Concepto optimista de la vida; la sexualidad, base fundamental del cultivo de la especie humana. Herencia y educación. Selección sexual. Hagamos al individuo para la sociedad, no la sociedad para el individuo. La finalidad de la vida es gozarla

Por el DOCTOR E. MADRAZO

Médico eugenista

Señores:

La función sexual tiene por objeto fabricar la vida mediante el concurso de los órganos sexuales. La Biología se preocupa fundamentalmente de la semilla suministrada por dichos órganos y de su influencia en la historia evolutiva del germen. La conjunción del óvulo y el zoospermo sintetiza la nueva vida. La ciencia biológica radica en el conocimiento de esta ley y sus derivaciones.

Lo que primero pica en extrañeza es la aparición retardataria de la *función sexual*. A los veintiocho días de la vida embrionaria, aparece a nuestra observación los indicios de la sexualidad y hay que doblar la adolescencia para llegar a la virilidad. La *función sexual* fué retardataria por su trascendente misión, porque tenía que esperar el completo desarrollo, la completa energía, la completa vitalidad, la completa prepotencia del mecanismo para transmitirlo a la descendencia. Porque era un compromiso de honor concentrar y recoger en dicha función todas las influencias, todas las características que la raza venía acumulando.

La "impregnación" sexual nada dejará olvidado, todo estará presente en el sagrado instante, la resistencia y tenacidad de los tejidos, la forta-

leza de los órganos, la solidaridad de los aparatos, el conjunto y la unidad del ritmo de una vida larga, preñada de nobles acciones. ¡Ah!, pero esta ley fisiológica de continuidad de vida sana y alegre, se repite también en el organismo oriundo de la vida dolorida. También en este caso el beso sexual transmite a la prole los estigmas del fracaso de la vida, con tejidos deleznables, aparatos que se desmoronan: en conjunto orgánico que se rinde antes de tiempo a fatalidades y abolengos. Los pesimistas sonríen irónicos en la contemplación de esta vida. Yo les tiro a la cara el molde de la vida sana, de la vida fuerte, diciéndoles: "Como ésta se pueden hacer todas". Estas razones son experimentales, innegables e inconcusas.

La vida está rodeada de amigos y enemigos, aceptemos esta verdad y acomodémosla a lo más conveniente. La naturaleza hizo de la sensualidad un regocijo de tales colores y sugerencias, supo adornarla con tal atractivo, que los sexos corrieron a infundirse en la más exaltada y gozosa de las emociones. Si analizamos la "Eyaculación", comprenderemos la incontinencia para derrotar a la castidad. El grito del espasmo erótico que precede al letargo, inhibe y suspende la vida de todo el organismo, que al perpetuarse precisa una placa fotográfica con todas las minucias y cuidados de la verdad exacta.

El óvulo y el espermatozoide sintetizan la historia futura del germen. Porque nada sucederá después que en el beso no vaya inscrito. Aquella constitución biológica es más sabia que las que inventan los hombres, es inmortal. Nada acontecerá después que no esté presente en dicho instante, el color de los ojos, el del pensamiento y la moral, todo resultará de la combinación y mezcla de la materia prima que entró en la confección. Fuera de las dos células maravillosas a nadie se le da participación. La ley biológica ni es vencida ni retrocede. Si alguna vez se retrotrae al conocido "salto atrás" de una característica rezagada, entiéndese que era nuestra memoria la que la había olvidado, no el estigma en espera de la condición que le hizo resurgir. En cuanto esta orientación científica se considere la verdadera clave del bienestar humano y de la civilización, la historia cualitativa se hará cuantitativa y la matemática dirá la última palabra.

La Biología en nuestros días ha logrado crear castas y beneficios a montones. El trigo, el arroz, el maíz y la patata, como la oveja, la vaca, el perro y el caballo, los hemos moldeado a la medida de nuestras necesidades, gustos y aficiones. Sólo la especie humana ha vivido ajena a la sabiduría, dejando al azar el porvenir de las alianzas sexuales. Afortunadamente vivimos la aurora más espléndida, la crisis más gloriosa, no de

la civilización de nuevas doctrinas sociales, no del derrumbamiento a que asistimos en el fragor de una lucha fratricida, por intereses materiales, que repugnan a la moral, no; no es ése nuestro escudo, ni será nuestro pendón de guerra. El sol que enciende nuestra conciencia es el del arte y la ciencia de engendrar la raza que acabe con los perjuicios de un sentimiento artificialmente creado y transmitido y que artificialmente vamos a yugular y matar. El arma, el instrumento de que nos vamos a valer no es otro que el de la Eugenesia. Con el manejo científico de la conjunción sexual, lograremos salir de la pantana en que la vida humana se agita con la desesperación del infierno.

El ideal de una raza bella, no es una fantasía hija de la debilidad mental. No pretendemos perturbar las leyes naturales. Por el contrario, vamos a reconquistar sus fueros, vamos a recuperar nuestra dignidad perdida. La armonía de Venus y Apolo no fué invención de Fidias y sus discípulos, fué copia y modelo de la naturaleza; fué la artística videncia quien la descubrió y será la clarividencia científica, la que la consolidará en el altar de la conciencia humana.

Tras estas frases columbro la pública incertidumbre: ¿para cuándo la verdad experimental? No tan lejos como se supone. Incrustar en el alma el valor hereditario de un macho y de una hembra, de un toro y una vaca, sea para dar leche, para hacer carne, para arrastrar pesos o para dar cornadas o venir a lamer la mano, es labor de cuatro o cinco saltos. En los mismos días y aproximaciones sexuales, la raza negra se transforma en blanca o la blanca en negra. El problema no está en el apremio del tiempo, sino en el de la conciencia, en el de la sabiduría, en el ideal que hagamos del amor. Si la hembra arroja al campo del honor su guante sexual, repleto de miles de duros, a bandadas acuden los héroes a pesar de la joroba o de la nariz aplastada. No les importa la tuberculosis o el aliento de pudrición. Ande yo caliente y ríase la gente. Esta es la filosofía que priva y se impone. Lo de borrón y cuenta nueva parece imposible. ¿Para cuándo la nueva conciencia y los nuevos amores? ¡Ah! El becerro de oro era más antiguo que las tablas de la ley. No es tan fácil quebrantar las viejas costumbres. ¿Para cuándo? Mi contestación es rotunda y bien hacedera. Volviendo al ejemplo de las vacas, que como la mujer exige nueve meses de modelaje intrauterino, diré a quien me oye, que la raza pasiega se transformó en suiza totalmente, y ésta en holandesa en el espacio de treinta años, sin el menor vestigio de las otras dos anteriores. Me diréis que las características son muy diferentes entre las especies animales. Efectivamente, comparadas con las del hombre, difieren en número y calidad las funciones psíquicas. La sensibilidad humana ha creado una supra-

estructura en su cerebro, con una serie de sentimientos, de afectos, de pensamientos y de palabras, que no pueden medirse con los rudimentarios de la ley creadora que se hace carne en la misma función que llamamos espiritual.

Cierto que la modalidad espiritual logra en la conciencia humana una variada y compleja modalidad espiritual de características inagotables; un filón de derivaciones morales instintivas y distintivas, cuyo conocimiento y clasificación interesa en gran manera a la raza. Pero que no quebranta la ley que ordena y manda en las características dichas. La ley de Mendel es igual en los guisantes que en los mamíferos y en el hombre. Si Mendel pudo, mediante la selección del polen, determinar de antemano los que habían de ser blancos o negros en sus vainas, no sé por qué no incorpora a la biología humana lo que está comprobado en las familias de los "insectos y animales inferiores".

Es evidente que toda esta maraña espiritual es de más difícil desenredo que la física; pero sepamos que el análisis biológico vive los primeros albores de sus comienzos, y aunque nuestro afán sea grande, nos sobra con lo aprendido. ¿Qué pretendemos? Puesto que la homogeneidad de la naturaleza humana es indispensable, abandonemos las ramas y vayamos al tronco. Lo primero, suprimir con el azar de la conjunción sexual, el azar de la vida sana o enferma; suprimir la actual inconsciencia sobre el porvenir del fruto de la concepción, sustituyéndola por la conciencia que entraña la alegría de la vida. ¿Cuántas características suponen dar homogeneidad a la naturaleza humana para que pueda vivir la vida placentera de la paz operadora y solidaria? Muchas; pero al presente, con tres nos basta. Salud, bondad y actividad: las tres se concretan en la belleza. Y con la construcción de la belleza nos sobra para ahuyentar definitivamente la fealdad. Seamos, desde el vientre de la mujer, sanos, buenos y activos y tendremos lo suficiente para ensalzar o para arruinar todas las organizaciones sociales habidas o por haber. El laboratorio social le tenemos en la mano a nuestra disposición y dominio. Sé que iremos más allá. El tiempo y la experimentación reserva a la inteligencia horizontes desconocidos.

Demos homogeneidad a la casta con estos caracteres y todo lo demás vendrá de añadidura. ¿Contamos con hombres y mujeres de envidiable salud, de envidiable bondad y actividad, todo en una pieza? Evidente. Pues con los mismos moldes repitamos la multiplicación. Si hacemos conciencias que les repugne la vida dolorida del enfermo, del perverso y de la vagancia, cultivarán en su prole el egoísmo de la vida contraria, aquella vida espontánea e instintiva que le arrastra, aunque no quiera, a la satisfacción imperiosa del bien, así como al perverso imperiosamente le arrastra al goce del mal.

La lección del médico de Liébana fué concluyente: se empeñó en educar un lobezno y consiguió que perdiera el olor del monte, y que a fuerza de cariño, le acompañara pegado a la amistad de la yegua en su diaria visita médica; hasta que un atardecer de nieve y soledad, les sorprende un aullido del monte: el compañero desaparece, sin que tarde en aparecer al frente de la manada y ser el primero que se arroja sobre el anca de la compañera. Afortunadamente, el médico había desmontado y entrado en su casa, entregando la víctima a la colmillera ajena. A los pocos días, se presentó el delincuente al amo, que pagó la ingratitud con un balazo en el corazón. En este caso llamamos perversa a la inclinación biológica, limpia de responsabilidad. La educación fué derrotada como siempre por la ley hereditaria. Aunque venimos educados en el ambiente del colmillo del lobo, sin embargo, nuestra ley natural ama y engendra la belleza. ¿Somos incapaces de enseñar los designios providenciales? ¿Para qué esa ley de Instrucción pública? ¿Para qué tantísimo dinero en una educación que mantiene vigilante la astucia criminal, dispuesta a clavar el puñal en el desprevenido corazón del hombre bueno? Nuestra educación perseverante y onerosa no ha esterilizado la perversidad. Lo cual no quiere decir que arrumbemos la pedagogía. Relegué-mosla, sí a segundo término, que, si no tan esencial como su madre, la biología, sí nos pone en la obligación de cultivar, de engrandecer y amar aquello que seleccionó el beso biológico.

No tuviera la educación otro empeño en la actualidad que servirnos de instrumento para despertar las conciencias al ideal de nueva vida, al ideal que entraña la suprema satisfacción de vivirla. ¿Cuál mayor dulzura para los padres que sentirse reproducidos en el mismo interés, en el mismo amor que pusieron en la concepción del hijo? ¿Qué más nido ni más gloria que aquella sangre hija de su sangre, aquel noble pensamiento hijo de su nobleza, aquel amor filial, hijo del de sus padres? ¿Para qué la delicada sensibilidad materna, su amor exquisito, sino para transmitirlo a sus hijos y éstos a sus hermanos? Sin esta fuente de vigilante solicitud y de cristalina dulzura no se conservaría la raza, ni de conservarse se perpetuaría el amor. ¿Para qué nueva ley, nuevo gobierno y nueva autoridad, si lo que prefiere es su ley, su gobierno y su autoridad: si lo que ama es su nuevo régimen de libertad y amor?

Monarquías, Repúblicas, teorías absolutistas, democráticas, socialistas, sindicalistas, libertarias, comunistas y anarquistas, todas, todas fracasarán mientras no nos acojamos a la sola y única verdadera doctrina.

Lo que hay que inventar es el hombre para la doctrina: no la doctrina para el hombre; una naturaleza humana homogénea en la que quepamos y se amparen todos los hombres: una naturaleza incompatible con el odio y saturada de bondad que ligue y compenetre a la humanidad en el propósito de la belleza.

Bendita ciencia biológica que en su gesta primogénita traía la esencia de la Pedagogía, o sea la manera de conocer la vida en su propio ambiente liberal y activo, que es como ella se desenvuelve y nos enseña a vivir. Bendita cien veces la ciencia que redime la infancia, la adolescencia y la juventud, y nos comprueba la perenne alegría. Bendita ley que abraza al género humano en la caricia de su perfección. La cultura de España, la pública y general instrucción, no debe detenerse a la puerta de la Biología, sino abrirla de par en par para aprender el Código fundamental de la vida, y que la eugenesia le enseñe la dicha de vivirla.

Ninguna estación de la vida sana añora la pasada ni presiente la futura: todas llegan repletas de su sensibilidad peculiar y oportuno contento.

La misma muerte natural es una apoteosis de la vida, que en su ciclo la extrema vejez recorre en sentido contrario el camino del comienzo: la sensibilidad se va apagando en su ritmo decadente y paulatino, rememorando los estados físicos y de conciencia anteriores, buscando a sus compañeros los niños, como de niño buscaba las narraciones y cuentos que la fantasía de la vejez adobaba. ¿Qué más que delirios de grandeza y románticas ensoñaciones de soberbia, mando y prepotencia, son las sugerencias de la debilidad mental de entrambas y similares edades? No, la muerte natural no es triste ni fea; puesto que dulcemente se duerme riendo al regocijo de la humanidad, que va surgiendo en generaciones de hijos, nietos y bisnietos que cubren de flores e himnos el cuerpo y el alma sagrados de los progenitores.

No creo que esto sea la chochez de un viejo, pero esta deuda tengo con la juventud y esto os he venido a contar. Mi último pensamiento, mi emoción última, a modo de testamento, se los dedico a la hermosura de la ley que nos ha creado y encierra en sí misma la perfección humana.

Inspirémonos en la verdad y cumplamos como buenos.